

lord Castlereagh no se convencería sino con una tentativa desgraciada, le dejó hacerla en la persuasión de que bastaba defender una sola causa para salvar las dos. En efecto, Alejandro y Federico Guillermo se habían dado mutuamente la palabra, el uno por la Sajonia y el otro por la Polonia, y Federico no podía faltar á su compromiso ni á la amistad hasta aceptar la Sajonia sin entregar la Polonia al emperador Alejandro; añádesse á esto que, dispensado del sacrificio de Posen, si la Polonia no caía por completo en manos de la Rusia, se veía privado del único argumento especioso que podía alegar para exigir la Sajonia. Desechar la Polonia era á un tiempo desechar la Sajonia, y salvar á la una era salvar á la otra. Conociendo esto Mr. de Metternich, en vez de contener á lord Castlereagh, le dejó marchar adelante, seguro de que no podía oponerse á Alejandro un adversario más terrible. Independientemente de su firmeza, lord Castlereagh tenía la ventaja de representar á la potencia más desinteresada en la distribución de los territorios del continente, sin contar que ella abastecía á las demás. Así, pues, esta superioridad del que da sobre el que recibe dominaba siempre en todas las relaciones de Inglaterra con sus aliados. Obrando á su manera, lord Castlereagh pidió una entrevista á Alejandro y logró que le fuera inmediatamente concedida.

El zar, en aquel momento, había dominado un poco sus primeros impulsos de sorpresa y de ira. Era algo impresionable, pero atento como un asiático, amable, cariñoso, tan dominado por su deseo de agradar que le era imposible sostener por mucho tiempo su papel de hombre irritado. Consecuente á su carácter y á las circunstancias, se había propuesto halagar á todo el mundo en Viena, especialmente á los militares; se hacía conducir á los campos de batalla donde habían combatido durante la campaña de Wagram, y aunque se hallaba con los vencidos, encontraba mil cosas lisonjeras que decirles; casi siempre se le veía por las calles á pie, apoyándose ora en el brazo de un diplomático, ora en el de un oficial; frecuentaba los salones de Viena como un simple particular, se familiarizaba con todas las clases, tenía especial cuidado en ocultar su categoría con los príncipes que afluían al congreso; en una palabra, se había propuesto seducir y lo conseguía, pues pocos hombres poseían este talento en tan alto grado. En aquella época se notaba mucho su intimidad con el príncipe Eugenio, cuya madre y hermana había protegido mucho en París, y que había acudido á solicitar el principado que le habían prometido por el tratado del 11 de abril. Alejandro le presentaba por todas partes, elogiando su fidelidad á Napoleón, lo que por el momento le molestaba menos que la dificultad de arrancar una parte á la codicia universal. De este modo, Alejandro se multiplicaba para agradar, pero no conseguía poder contrabalancear el enojoso peso de su política.

Apenas recibió de lord Castlereagh la súplica de una audiencia respondió á ella yendo en persona á casa del ministro británico. Este último, agradecido á tan alta distinción, se confundió en demostraciones respetuosas, pero sin dejar de ser inglés, es decir, estando sobre sí, queriendo concederle todo y no concediendo nada.

Desde luego, lord Castlereagh procuró demostrar al zar que la Inglaterra había deseado complacerle; que le había ayudado en 1812 á concluir la paz de Bucharest

con los turcos y á hacer la adquisición de la Besarabia; que había decidido á la Persia á que le concediera mejores fronteras hacia el mar Caspio; que, en fin, á pesar de su repugnancia en entregar la Noruega á la Suecia, había cedido por asegurar á la Rusia la conquista de la Finlandia.

Después de haber establecido así sus títulos á la gratitud de la Rusia, lord Castlereagh citó uno por uno los tratados de Kalisch, de Reichenbach y de Tœplitz, concluidos en febrero, junio y septiembre de 1813, y le mostró que estos tratados prescribían formalmente á las tres potencias continentales la misión de repartirse entre ellas el ducado de Varsovia, lo que no significaba que una de las tres pretendiera apropiárselo por completo. Después pasó á las consideraciones generales, manifestó las inquietudes que la Rusia causaba á la Europa, persistió sobre la confusión que había causado entre los aliados, y no vaciló en decir que el congreso de Viena, del cual se esperaba un régimen de moderación y justicia para las naciones civilizadas, no iba á ofrecer muy pronto, si no se evitaba, otra cosa que excesos de ambición, capaces de hacer sensible la derrota de Napoleón. Lord Castlereagh dijo todo esto con un lenguaje sencillo y firme, que no exageraba nada seguramente, pero que nada encubría tampoco, y hacía más sensible la gravedad de las cosas presentándolas tales como eran.

Desgraciadamente ninguna de las cuatro potencias que se disputaban los despojos del continente europeo podía dar una lección de moral á las otras, sin que éstas estuvieran en el caso de echársela en cara; y si Alejandro hubiese querido trazar el cuadro de las ambiciones inglesas, desde la ocupación de Malta hasta la del Cabo y la isla de Francia, habría podido confundir cruelmente al ministro británico. Sin embargo, no quería quedar bajo el peso de los servicios que la Inglaterra pretendía haberle hecho, y con infinito tacto, un tanto burlón, hizo notar á lord Castlereagh que si la doble paz de la Rusia con la Persia y la Turquía había sido facilitada por la Inglaterra, era porque los ejércitos rusos estuvieron á su lado contra la Francia; que la Noruega había sido concedida á Bernadotte para arrancar á éste de sus compromisos con Napoleón; así es que la Rusia podía considerarse un poco libre del peso de los beneficios, al tener presentes los móviles de su bienhechor. Pasando en seguida á los tratados de Kalisch, de Reichenbach y Tœplitz, Alejandro recordó que habían sido hechos para una situación que había dejado de existir; que en la época de estos tratados, se esperaba todo lo más poner algunos límites al poderío ilimitado de Napoleón, no para llevarle hasta el Rhin, ni mucho menos precipitarle del trono; que con la inesperada prosperidad de los comunes ejércitos, el Austria había ganado el Inn, el Tirol y la Italia; que la Inglaterra había ganado la Holanda y la Bélgica, y que no era justo que la Rusia y la Prusia, que habían corrido peligros bien diferentes de los de la Inglaterra, no tuviesen ninguna parte en este inesperado engrandecimiento de fortuna; que además él estaba comprometido en cuanto á la Sajonia con el rey de Prusia y con respecto á la Polonia con los mismos polacos. «A mi modo de ver, dijo Alejandro, el reparto de la Polonia ha sido un atentado, cuyas consecuencias morales no han cesado de pesar sobre la

Europa, y es honrado y político el repararlo. Esta reparación sólo la Rusia contaba con los medios de hacerla, puesto que poseía la mayor parte de las provincias polacas, lo que no estaba en manos ni de la Francia, que había tratado en vano de reconstituir la Polonia, ni de la Prusia, ni menos del Austria, que jamás había pensado en tal cosa. La Rusia, despojándose de provincias que se hallaban en su poder, lograría con un ligero sacrificio por parte de la Prusia, sacrificio cuya compensación estaba ya convenida, restablecer á la Polonia en un reino separado, dotarla de instituciones liberales, vigilar el uso que hacía de estas instituciones; en una palabra, operar una obra que sería la gloria de la Europa y del congreso de Viena. El zar se había propuesto desempeñar esa noble misión que estaba en vísperas de concluir, y añadió que no renunciaría á ella. Además, dijo que al atravesar la Polonia había prometido á los polacos librarles de Napoleón, y quería cumplirlo; que él no era de esos soberanos tan prontos á empeñar su palabra cuando la necesidad les obligaba á hacerlo, como á retirarla cuando cesaba esta necesidad. Él la había dado y la sostendría, creyendo haber hecho bastantes servicios á la Europa para que ésta le guardase algunas consideraciones.

Había en el emperador Alejandro una mezcla de talento y de exaltación caballeresca que no siempre permitía averiguar en él la sinceridad ó la ambición que le dominaban. Es verdad que la gloria de reorganizar la Polonia interesaba á sus más nobles instintos, y casi estaba persuadido de que hacía un sacrificio cediendo la Lituania y la Volhynia para hacer un reino de la Polonia, como si este reino una vez constituido no perteneciera á él más que á ningún otro. Así es que se indignaba con cierta buena fe al considerar la resistencia que se le oponía. Esta indignación afectó muy poco á lord Castlereagh, y volvió á la carga, sirviéndose de las buenas ó malas razones que le suministraba su situación. Nada sólido tenía que refutar respecto de los tratados de 1813, pues estos tratados habían sido concluidos con visos de algún éxito, y la Rusia tenía derecho, como las otras potencias, al reparto de los inmensos resultados con que no habían contado. Lord Castlereagh no podía oponer al emperador Alejandro más que razones de moderación y de equilibrio, razones excelentes, pero que no habrían tenido valor en sus labios sino renunciando el Austria á la Italia y la Inglaterra á la Bélgica. Pero, en cuanto á la reorganización de la Polonia, los argumentos abundaban, y él los explanó todos con entereza.

El reparto de la Polonia, replicó al zar, había sido un atentado, y no era la Inglaterra, constantemente dispuesta á combatirlo, quien podía sostener la contrario. Es más, estaba dispuesta á consentir el restablecimiento de la Polonia siempre que fuera completo, sincero y con condiciones aceptables. Si, por ejemplo, el Austria entregaba todo cuanto poseía de ella, si la Rusia y la Prusia se sometían á las mismas condiciones, si se constituía este reino aparte, sin dependencia de ninguno de sus vecinos, si se le daba un rey polaco, y si no polaco, independiente al menos de los tres copartícipes, si á este don se añadían instituciones suficientemente monárquicas y liberales, la Inglaterra estaba dispuesta no sólo á elogiar ese comportamiento, sino á contribuir á

él por su parte costárale lo que le costara. Pero ¿los tres copartícipes de la Polonia querían formalmente hacer por esta obra los sacrificios necesarios? ¿Encontrarían un rey capaz de desempeñar esta noble misión? Y por último, ¿los polacos reunidos sabrían vivir en unión, siendo dignos de la libertad que se les concediese? Era lícito no sólo dudarle, sino negarse á creerlo, y el restablecimiento de que se hablaba debía ser considerado como un sueño. Ahora bien, en vez de esta reparación verdaderamente moral y europea, restablecer una Polonia incompleta, ilusoria, que la llamarían Polonia, para hacerla lo más grande posible, y una vez engrandecida dejarla rusa, esto era querer hacer abrigar á la Europa una ilusión que no creería jamás.

En seguida lord Castlereagh habló á Alejandro de las alarmas que excitaba su proyecto; le dijo que sin la lealtad de su carácter, estas alarmas serían tales que el congreso se habría ya disuelto; y le suplicó, por la tranquilidad general y por su propia gloria, que renunciara á una pretensión inadmisibile. Mucho costó á Alejandro el contenerse durante esta conversación, pues con todas sus bondades no tenía ninguna creencia en la solicitud del ministro inglés, quien á su vez, con su torpeza personal, tampoco la tenía sobre el carácter voluble é impresionable del zar; así es que uno y otro se separaron muy descontentos, y sin haber conseguido ningún resultado.

Al día siguiente, temiendo lord Castlereagh no haber dicho á su augusto interlocutor todo cuanto tenía que decirle, queriendo además que no olvidase lo que le había dicho, y antes que nada cuidadoso de preparar su justificación para con el parlamento británico, redactó una extensa nota acompañada de una carta confidencial, y la dirigió al zar, para tomar acta de su resistencia á las pretensiones rusas. No se detuvo en esto, y á pesar del secreto que se habían prometido con respecto á la Francia, procuró con ella hacerse un mérito de su firmeza, dando á Mr. de Tayllerand conocimiento de su conversación y de su nota.

Este último estaba encantado de ver á lord Castlereagh comprometerse tan vivamente, á pesar de no estar muy satisfecho de que fuese Inglaterra tan complaciente en la negociación relativa á la Sajonia. Esta táctica singular de la Inglaterra le inspiró la idea de una táctica igual, pero en sentido opuesto. Deseando cuanto fuera posible inclinar la balanza en provecho de la Sajonia, sacrificada por lord Castlereagh, y no sirviendo para esto el príncipe Czartoryski, el cual estaba en comunicación frecuente con la legación francesa, hizo saber al emperador Alejandro que la Francia no cedería jamás con respecto á la Sajonia, y que, por el contrario, se hallaba bastante dispuesta á ceder respecto á la Polonia. Esta maniobra era diestra, pues los unos negaban lo mismo que los otros concedían; así todo acuerdo que consistiera en complacer á la vez á la Prusia y á la Rusia debía ser imposible.

Durante este tiempo, los príncipes alemanes de segundo orden continuaban su ardiente oposición. En el comité en que se habían reunido para ocuparse de la constitución germánica, resistieron á todas las combinaciones de la Prusia y del Austria que tendían á dominar á la Confederación. El antiguo título de emperador de Alemania que los monarcas austriacos habían llevado

tanto tiempo, y que Francisco II había abdicado en 1806, cuando Napoleón había constituido la Confederación del Rin, no podía ser restablecido. El Austria hubiese aceptado quizá, si este título hubiesen consentido en hacerlo hereditario en sus príncipes; pero no podía quererlo electivo, pues entonces se sometía á una enojosa dependencia electoral y se exponía á verle pasar un día á un príncipe prusiano. Este último motivo era suficiente para hacerla rechazar semejante ofrecimiento. El título de emperador, al cual naturalmente estaba unida la Confederación, desaparecía; eran precisos Estados directores, como en Suiza, alternando los unos con los otros, y la Prusia se había adherido á esto concretando la alternativa entre ella y el Austria. Ésta no estaba muy dispuesta, pero en todo caso la Baviera, el Hannover y Wurtemberg declararon que ellos no aceptarían la alternativa, si no estaba encerrada exclusivamente entre las dos grandes potencias alemanas. De este modo prepararon la solución que después ha prevalecido, la de una simple presidencia de la Dieta, cedida á perpetuidad al Austria como representación de la antigua autoridad imperial transmitida á su casa, teniendo de menos solamente la majestad del título y de más la perpetuidad, pero presentando el grave inconveniente de dejar indecisa la cuestión del mando militar.

Una cuestión no menos importante que la de la dirección del cuerpo germánico, era la de la constitución de los Estados confederados y la naturaleza de sus relaciones con las potencias europeas. Hasta entonces los Estados confederados, aunque unidos los unos á los otros por el lazo federal, habían gozado de la soberanía independiente, es decir, habían conservado el derecho de legación y de guerra, podían tener enviados en todas las cortes, poseer ejércitos y disponer de ellos. Con frecuencia esta doble facultad los había conducido á contraer alianzas, si no contrarias á la misma Confederación, á lo menos á las dos preponderantes potencias alemanas, de las que algunas veces había resultado la intervención extranjera, resultando también la salvación de la común independencia. La Prusia quería absolutamente que se negara á los confederados el derecho de legación y de guerra. Pero hallándose sola en su petición, encontró en el comité una resistencia completa. Por último, en casi todas las ocasiones, los tres reinos de Baviera, Wurtemberg y Hannover declaraban que no estarían de acuerdo en los puntos que se litigaban hasta tanto que no estuviera decidida por completo la suerte de Sajonia. Amenazaron además con una protesta firmada por todos los Estados alemanes contra los proyectos de ciertas potencias respecto de la Sajonia; y el comité concluyó por no querer reunirse más hasta tanto que no estuviese resuelta esta gran cuestión.

El 1.º de noviembre se acercaba, y era preciso no perder mucho tiempo, habiendo sido firmada y publicada la declaración de convocación el 8 de octubre. Era, pues, de temer que expirara ese término fatal sin que hubieran logrado entenderse los unos con los otros.

La Baviera, que era la potencia más activa y la más considerable entre los Estados alemanes de segundo orden, anunciaba la resolución de recurrir á las armas en defensa de la Sajonia. Había organizado su ejército y lo había elevado á setenta y cinco mil hombres; hos-

tigaba á Mr. de Metternich, censuraba en voz alta su debilidad, se comprometía á dar veinticinco mil hombres por cada cien mil que diera el Austria, iba de Mr. de Metternich á Mr. de Talleyrand, á los que ciertamente no tenía mucha necesidad de excitar, pedía al último que no se limitara á decir palabras, sino que llegara á las amenazas, pero sobre todo amenazas efectivas, por ejemplo, la de declarar la intención del rey de Francia y la de emplear la fuerza, si se hacía necesario. De este modo, decía que cuando Mr. de Talleyrand usara este lenguaje, el Austria y la Inglaterra no tendrían excusa ni aun motivos de intervenir, concluyendo por pronunciarse formalmente, salvando de este modo la independencia de la Alemania y de la Europa. A esto respondía Mr. de Talleyrand que la Francia estaba pronta, pero que no era conveniente, sin embargo, que por sí sola se encargara de la misión encomendada á las potencias más interesadas en la cuestión; que á éstas les tocaba explicarse, y explicar al menos sus deseos, y que el brazo de la Francia se pondría á su disposición al primer llamamiento; pero que apenas se dignaban dirigir la palabra á la legación francesa, que la tenían excluida de todas las negociaciones, y que, después de todo, ella no podía imponer su socorro á personas que parecían no quererlo.

La Baviera se apresuró á repetir estas palabras á Mr. de Metternich y éste, negándose, no á obrar, sino á obrar de prisa, alegó por excusa de su lentitud la extraña táctica de la Inglaterra, quien, por salvar á la Polonia, empezaba sacrificando á la Sajonia: después alegó también las intenciones de la Francia, siempre inclinadas, según él, á la ambición: singular razón, y que, á decir verdad, carecía de fundamento, porque entonces la única potencia en Viena que no demostraba ambición era la Francia. Mr. de Metternich añadió que sería contraer una gran responsabilidad introducir los ejércitos franceses en Alemania, poco tiempo después del en que habían estado en ella como dominadores, viéndose detestados; dijo además que estos ejércitos no existían, y menos con los Borbones, incapaces de afiliarlos bajo sus banderas y mucho más de guiarlos al combate; que la Francia hablaba mucho, pero sin poder ni querer obrar; que sólo hablaba para embrollarlo todo, para sembrar la discordia, y recobrar su posición por medio del desacuerdo de los aliados que la habían vencido. Estas palabras fueron dirigidas al príncipe de Wrede, quien nos las comunicó inmediatamente; palabras que se encontraban en los labios, no sólo del ministro, sino en los del emperador y varios de los archiduques, con el visible deseo de que nos fueran transmitidas, lo que en cierto modo era para nosotros una provocación. En fin, este lenguaje que los austriacos empleaban para excusarse, era jactancia y burla en los labios de los prusianos, que querían hacer creer en la impotencia de la Francia, y en los de los rusos, que á su vez querían hacer creer esta impotencia en los Borbones.

Semejantes insultos no podían oírse con indiferencia, y era preciso oponer á ellos una manifestación positiva y convincente. Mr. de Talleyrand declaró que la Francia tenía la voluntad y los medios de obrar, que daría la prueba cuando fuera necesario, y que, en todo caso, demostraría bien pronto sus resoluciones y sus recursos.

Inmediatamente escribió al rey, encargó al duque de Dalberg que se dirigiese al gabinete, y tanto al gabinete como al rey propuso una doble resolución, la de poner en pie de guerra al ejército y decir muy alto por qué se hacía esta demostración hostil. Sabiendo que el rey no quería la guerra, á pesar de que uno de sus sobrinos, el duque de Berry, se hallaba muy dispuesto á aceptarla, sabiendo que el consejo tenía las mismas ideas que Luis XVIII, les dijo que la guerra no era verosímil (lo que era exacto), pero que con el miedo que todos tenían, aquel que amenazara á los otros los dominaría; que en Viena no se harían más que demostraciones, pero que, en las circunstancias que atravesaban, era preciso obrar con entereza; que de esto dependía la consideración de la Francia, y con su consideración su influencia y el cumplimiento de sus deseos, pues lo que deseaba, por ejemplo, para la Italia, dependía de lo que aconteciese en Alemania, y para presentarse poderosa necesitaba hacer aquellos alardes de fuerza.

Esto era herir al rey en su fibra más sensible, y emplear el único medio de hacerse escuchar, porque lo que más interesaba al monarca francés eran los asuntos de Italia, es decir, los de Nápoles y Parma. Por lo demás el consejo era prudente y dado de buena fe, aunque más tarde un extraño suceso, como veremos después, no lo hizo beneficioso para la casa de Borbón.

Cuando estos despachos, escritos á mediados de octubre, llegaron á Luis XVIII, no dejaron de conmovérle mucho. Como ya hemos dicho, el monarca quería la paz, por la Francia que tenía mucha necesidad de ella, por su familia cuyo título principal era éste, por él, en fin, que no tenía á su edad más que achaques, y era además muy dado á la vida pacífica. Agradecía á su ministro en Viena que profesase el alto principio de la legitimidad, que hubiese echado por tierra el proyecto de excluir á la Francia de las deliberaciones comunes, y veía con júbilo que había probabilidades de destruir á Murat, y con cierto placer el que se pudiera salvar á su primo el rey de Sajonia, pero hallaba á la legación francesa demasiado agitadora, y temía que la llevaran las circunstancias lejos de lo conveniente. Deliberó primero en familia, y luego en pleno consejo sobre lo que le proponían. No se podía vacilar respecto de las resoluciones que debían tomarse, pues todas las razones, fuesen de más ó menos gravedad, aconsejaban el partido indicado por la legación. En primer lugar se trataba de la actitud de Francia en Viena, y no podía consentirse ni por ella ni por los Borbones que se la calificara de impotente después del restablecimiento de la antigua monarquía. El peligro de esta preocupación era tan fatal para el país como para la familia reinante. Después de la influencia que nosotros tuviéramos en Viena, debía resultar evidentemente lo que deseábamos en Italia, solución á la cual Luis XVIII daba un gran precio, y por la que los ministros no dejaban de interesarse menos que él, pues la seguridad de los Borbones era entonces la seguridad de la Francia. Además, la salvación de la monarquía sajona, una vez que había renunciado á adquirir ventajas territoriales en Viena, era para la Francia una de las cuestiones más importantes. El rey de Sajonia, con fundamento ó sin él, pasaba por ser una víctima ligada á nuestra causa, y á los ojos de todos aquellos que en nuestro país

blasonaban de patriotismo, salvarlo era una cuestión de honra. Había, pues, en esto, si se conseguía, la ventaja de alcanzar alguna popularidad, aunque no se tuviera en cuenta el triunfo de las ideas legitimistas. En fin, realzar nuestro poder militar se había hecho necesario, pues los límites financieros impuestos al ministro de la Guerra, los gastos accesorios que se habían añadido á su presupuesto, eran la causa de que hubiese caído el ejército en un estado más deplorable que el que se había previsto. Los regimientos no tenían más que cuadros incompletos, siendo imposible hacerlos maniobrar. Este resultado se explica si se piensa que el número efectivo de doscientos mil hombres, que se había creído poder conservar con un presupuesto de doscientos millones, había sido primero reducido á ciento cincuenta mil, limitándolo después por falta de recursos á ciento treinta mil. Con este escaso número de soldados era preciso renunciar á formar nuestro ejército al lado de los ejércitos europeos. Estas reducciones eran, por otra parte, la causa del descontento de los militares, y la política exterior aconsejaba una modificación reparadora. Por todas estas razones, las proposiciones de la legación francesa fueron tomadas en consideración y se presentaron bien apoyadas en el consejo del rey.

La dificultad de esta cuestión había sido siempre una dificultad financiera. El consejo estaba reunido, Luis XVIII hizo un llamamiento al patriotismo del ministro de Hacienda, y éste no cesó de declarar que, á pesar de su exactitud en la distribución de fondos, en un caso urgente tendría siempre cien millones á disposición del rey.

En efecto, se había procurado grandes recursos restableciendo el crédito público con la firmeza de su conducta en las cuestiones de Hacienda. Sus *reconocimientos de liquidación* habían obtenido un gran éxito, pues eran admitidos en la plaza, mediante un descuento de un siete á un ocho por ciento. Además, gracias á su constancia, las contribuciones indirectas empezaban á cobrarse, y no se hubiera visto apurado para hacer frente á un gasto imprevisto de cincuenta millones.

Mr. Louis se sorprendió, sin embargo, de que se le cogiese la palabra con tanta prontitud, y de que se pusiera á prueba la extensión de sus recursos. Pero entendía tanto de hacienda como de política, y habiendo declarado el ministro de la Guerra que le bastarían cuarenta millones, respondió que estaba pronto á darlos, y que los iría entregando tan luego como fuera necesario. De este modo, se recogía el premio del buen acierto que se había tenido, siguiendo los consejos del carácter recto y vigoroso del que se hallaba al frente de los negocios financieros.

Estando asegurados los fondos necesarios para el ejército, restaba saber cómo se emplearían. El ministro de la Guerra (que lo era en aquel momento el general Dupont) deseaba que se aplicasen á los doscientos mil hombres, vueltos del extranjero, y enviados con licencia al interior, de acuerdo con el sistema de reserva, que consistía en dejar á los hombres en sus pueblos pasándoles revista de tiempo en tiempo. La introducción de este sistema debía ser facilitada por la existencia de treinta mil oficiales á media paga, á los cuales se procuraría de este modo un útil empleo, y una pensión su-

pletoria. Este sistema no había sido muy aprobado, ni aun en Prusia, donde no había sido más que una astucia administrativa imaginada para contrarrestar los límites impuestos por Napoleón al ejército prusiano; y no se sabía aún lo que valía. Se temía poner en movimiento tantos hombres, oficiales y soldados de disposiciones un poco sospechosas; además la operación debía ser larga, y precisamente los resultados necesitaban ser inmediatos y ciertos. Por todos estos motivos, y según el parecer muy prudente del duque de Berry, se prefirió el llamamiento de setenta mil hombres para aumentar un ejército de ciento treinta á doscientos mil, mejorándose al mismo tiempo la situación de los regimientos. Para reunir estos hombres no había necesidad de recurrir á la quinta, nominalmente suprimida; y como se puede recordar, bastaba llamar á una parte de los militares licenciados, lo mismo á los considerados como desertores que á los que hubiesen obtenido su licencia con las formalidades prescritas por la ley.

A los despachos oficiales en los cuales se comunicaban á Mr. de Talleyrand las resoluciones del gobierno, los ministros de la Guerra y de Hacienda añadieron cartas particulares, que pudiera enseñar confidencialmente, en las que se le hacía conocer el buen estado de la hacienda y del ejército.

El ministro de la Guerra especialmente estaba encargado de decirle que iba á tener doscientos mil hombres, y que contaría con trescientos mil en un mes, si era necesario dar aumento á la fuerza, todos veteranos, perfectamente dispuestos, lo que era verdad, si se trataba de combatir al enemigo exterior. El rey escribió á Mr. de Talleyrand manifestándole sus sentimientos personales; le decía que, á pesar de su deseo por sostener la paz, no quería que la Francia descendiera de su rango y se mostrara incapaz de sostener la causa del buen derecho; pero le recomendó expresamente que no se comprometiese en una coalición donde el Austria y las pequeñas potencias alemanas formarían la parte principal. El deseaba que la Inglaterra fuera comprendida, para estar constantemente unido á ella, y para estar más seguro del resultado de la guerra, si se llegaba á tan sensible extremo. Siempre le designaba como dos objetos esenciales la expulsión de Murat del trono de Nápoles y la traslación á una de las islas Azores del prisionero de la isla de Elba.

En tanto que desde París se expedían estos pliegos á Mr. de Talleyrand, la agitación continuaba en Viena, y el debate estaba empeñado entre el emperador Alejandro y lord Castlereagh: este último, persistiendo en el sacrificio de la Polonia para salvar á la Sajonia. Se sabía que el príncipe regente de Inglaterra, en su calidad de futuro rey de Hannover, no consentía en este sacrificio, que por el contrario estaba muy opuesto á él, y con este motivo se había echado mano de poderosas influencias para exigirle la modificación de las instrucciones que había dado á lord Castlereagh. Sin embargo, el ministro inglés continuaba realizando su plan, con la esperanza de separar á la Prusia de la Rusia, y aislando á ésta, obligarla á ceder. Aunque era muy difícil separar á Federico Guillermo de Alejandro, la verdad era que los ministros prusianos carecían de la firmeza de su rey, algunos de ellos estaban muy inquietos con el progreso de la Rusia hacia el centro de Europa, con el mal efecto

que produciría en los alemanes la incorporación de la Sajonia á la Prusia, y en una palabra, no parecían tan comprometidos como su soberano en la alianza rusa. Lord Castlereagh se había apercibido de esta diferencia entre Federico Guillermo y sus ministros, y se había lisonjeado de ligar á la Prusia con el Austria, para servir de estas dos potencias á fin de precisar á la Rusia á detenerse detrás del Vístula, sin recurrir á la Francia, excluyéndola de este modo de tomar parte en los grandes negocios europeos. El representante inglés se proponía con la Inglaterra, la Prusia, el Austria y todos los Estados alemanes formar en Europa una masa central, que contendría á la Rusia, prescindiendo de la Francia y sería el árbitro supremo de todo.

Mr. de Metternich, precisado por el clamor de Alemania y por el del ejército austriaco á tomar una resolución más pronto de lo que quería, abandonado por la Inglaterra en la cuestión de Sajonia, se prestó en cierto modo á sostener la política de lord Castlereagh, y remitió á la Prusia un despacho en el cual expresaba las intenciones del emperador Francisco y su gabinete. En este despacho, fechado en 22 de octubre, algunos días antes de la época señalada para la apertura del congreso, Mr. de Metternich, dirigiéndose á la Prusia con una completa cordialidad, la recordaba que, desde principios de 1813, aun antes de haber roto con Napoleón, el Austria había exigido en principio la reorganización completa de la Prusia, de lo que había hecho la condición expresa de su política; que desde entonces no se la podía considerar como empeñada en la antigua rivalidad que en otro tiempo había dividido á los gabinetes de Viena y de Berlín; la suplicó que examinara si, en su propio interés, no sería prudente renunciar á la adquisición de Sajonia, tan caramente pagada con el establecimiento de la Rusia sobre el Óder, reprobada por todos los alemanes, y tan odiosa á sus ojos, que el gabinete austriaco, por haber consentido en él, sería tan culpable como el prusiano por haber prestado su ayuda. Mr. de Metternich manifestaba además que sería conveniente privar al rey Federico Augusto de alguna parte de su territorio sin dejar de mantener el reino de Sajonia, hacer que se desentendieran de la promesa que habían hecho á la Rusia respecto de la Polonia, satisfaciendo de este modo el deseo universal de Alemania, y que se observase por fin una conducta más conforme con la política reparadora que se vanagloriaban ante la Europa de profesar, y que ninguno de ellos practicaba en este momento. Después de haber expuesto su opinión en forma de un consejo, Mr. de Metternich añadía que si, á pesar de todo, estaban decididos á consumir el sacrificio de la Sajonia, él no consentiría en ello sino con ciertas condiciones imprescindibles, condiciones sin las cuales se manifestaría el Austria en abierta oposición. En primer lugar, la Prusia se comprometería á separarse de la Rusia en la cuestión de la Polonia, y á ser de la opinión de la Inglaterra y del Austria cuando se tratase de resolver esta cuestión. Después, sin renunciar al deseo de que reinara la más perfecta cordialidad entre las cortes de Berlín y Viena, era preciso sostener cierto equilibrio entre ellas, y para esto, establecer justas proporciones entre la masa de los Estados del Norte y los del Mediodía, que compondrían la población de los unos y los otros. Así, pues, el Austria quería que el Mein,

sobre la derecha del Rin, y el Mosela sobre la izquierda, fuesen los límites territoriales que separasen los Estados del Norte y los del Mediodía, y que Maguncia no perteneciera de ningún modo á los Estados del Norte, es decir á la Prusia.

En la situación en que le había colocado la táctica singular de lord Castlereagh, Mr. de Metternich no podía salir más hábilmente del paso que con esta nota, pues si las últimas condiciones impuestas á la Prusia, relativamente á los límites entre los Estados del Norte y Mediodía, eran de fácil aceptación, la de separar de la Rusia la cuestión polaca era inaccesible para el rey Federico Guillermo; y Mr. de Metternich, aunque siguiendo la huella trazada por la Inglaterra, conseguiría salvar á la vez la Polonia y la Sajonia.

La actitud en que el Austria acababa de colocarse debía irritar singularmente al emperador Alejandro, pues veía á todos conjurarse contra él y haciendo esfuerzos para separarle de la Prusia. Queriendo destruir la oposición que encontraba, imaginó hacer una manifestación decisiva, y que anunciara, por su parte y por la de Prusia, una resolución irrevocable. Las tropas rusas ocupaban todavía la Sajonia; invitó al rey de Prusia á que la hiciera ocupar por las tropas prusianas, comenzando en seguida la organización definitiva y política del país. A su vez dirigió hacia Polonia las tropas rusas que evacuaban la Sajonia, con el fin de concentrar todas sus fuerzas sobre el Vístula, y presentar una barrera de hierro á los que tratasen de arrancarle su presa. Al mismo tiempo, encaminó hacia Varsovia á su hermano, el gran duque Constantino, quien, según se decía, sería nombrado rey de Polonia, y encomendó á su cuidado la organización del nuevo reino. No era posible desafiarse más abiertamente la opinión y dignidad de las potencias reunidas en Viena, puesto que aun antes de su decisión, se tomaba posesión de los Estados cuya soberanía sólo á ellas pertenecía conferir.

La indignación fué unánime ante un modo de proceder tan atrevido y arrogante. Acusado de debilidad por todos los alemanes, Mr. de Metternich respondió que, lejos de consternarse, debían alegrarse de ver á los rusos dirigirse hacia el Norte y librar á la Alemania de su presencia. Esta excusa no fué aceptada por la diplomacia, y entonces se dijo que la Francia había tenido razón de reclamar la reunión del congreso, pues ante el congreso reunido jamás se habría nadie atrevido á llevar tan lejos su audacia. Los mismos lord Castlereagh y Mr. de Metternich participaban de esta opinión. En tal situación, muchas personas desanimadas decían que con los dos monarcas ruso y prusiano no se llegaría jamás á conseguir resolver los asuntos, que sólo había un medio para hacer escuchar la razón, y éste era el de separarse de ellos, el de dejar solos á los dos usurpadores en presencia de la opinión de la Europa, y convocar un nuevo congreso que, revestido de un carácter especial, se presentase con valor, alcanzando el asentimiento universal. Los más resueltos convinieron en que no se debía retroceder, en que el único partido que debía seguirse era ser constantes con la declaración del 8 de octubre, era el de convocar el congreso el 1.º de noviembre, y entonces se vería si los dos monarcas no conocían límites, si serían tan atrevidos ante el congreso reunido. Esta opinión fué la más general; además el 1.º de noviembre

estaba próximo, y no tenían mucho que esperar para poner á prueba el medio imaginado.

El emperador de Rusia, siempre en representación aunque muy modesto por sí mismo, y contribuyendo así á aumentar los gastos que la corte de Austria hacía por sus huéspedes, manifestó deseo de emprender un viaje á Ofen, en Hungría, para tributar el último homenaje á su difunta hermana, esposa del archiduque palatino de Hungría. Quiso presentarse en traje húngaro, y llamó de las provincias limítrofes á muchos griegos, sacerdotes y legos, pues entonces tenía fijos sus ojos tanto en Oriente como en Occidente. En este viaje, que ocuparía los últimos días de octubre, debían acompañarle el emperador de Austria y varios príncipes. Antes de partir, tuvo una conversación con Mr. de Talleyrand y Mr. de Metternich, que causó gran sensación, y que no contribuyó poco á dejar definitivamente fijada para el 1.º de noviembre la convocación del congreso.

Hemos visto que para contrabalancear la política de lord Castlereagh, que se prestaba á sacrificar á la Sajonia á fin de salvar á la Polonia, Mr. de Talleyrand había indicado al emperador Alejandro por medio del príncipe Czartoryski, que la Francia se interesaba más por la Sajonia que por la Polonia, y que sacrificaría ésta al emperador Alejandro, si quería contribuir á salvar la otra. En realidad esto era no conceder nada á la Rusia: la suerte de Sajonia y la de Polonia estaban inevitablemente ligadas la una á la otra. Por consiguiente, esto no era más que un incidente nuevo, que había llamado la atención de Mr. de Nesselrode, y que fué causa de una nueva entrevista del emperador Alejandro con Mr. de Talleyrand. Éste, por pura fórmula, consintió en solicitar una conferencia, pues en el fondo no lo hizo sino después de una insinuación muy clara de Mr. de Nesselrode. La entrevista del zar con el plenipotenciario francés era la segunda que tenían después de mes y medio que hacía que se habían reunido en Viena, y si, á la verdad, Mr. de Talleyrand había encontrado en las funciones al emperador Alejandro, no había sido nunca recibido por él en audiencia particular, después de la visita que hemos descrito.

Esta vez, el emperador Alejandro recibió á Mr. de Talleyrand con más amabilidad. Le manifestó su sentimiento por no verle con más frecuencia, á lo que éste contestó con gratitud y dignidad. Después, sin perder tiempo, abordó la gran cuestión de todas las preocupaciones. El zar quiso saber lo que pensaban los franceses, y por qué se manifestaban tan indiferentes respecto á la Polonia. «Yo os encontré en París, dijo á Mr. de Talleyrand, enteramente favorable al restablecimiento de la Polonia.—Seguramente, señor, respondió Mr. de Talleyrand, con tono respetuoso pero firme, yo habría visto con verdadero júbilo, y todos los franceses lo mismo, el restablecimiento de la Polonia, pero de la verdadera Polonia. Al contrario, la de que ahora se trata nos interesa muy poco. Ésta no tiene más valor que el de una cuestión de fronteras entre vos y la Alemania, y es á la Prusia y al Austria á quien toca examinar si les conviene dejaros llegar ó no hasta el Óder. En este estado de cosas, nosotros, constantes defensores del derecho público europeo, nosotros no podemos interesarnos más que por la Sajonia.» Alejandro, que se había contenido hasta entonces, exclamó en términos amargos y